



capítulo primero

1.1

La noche era clara y en el cielo brillaban cientos de estrellas. Navas miraba absorto, con sus verdes ojos, el panorama, mientras pensaba en lo bonito que sería vivir allí durante todo el año. Sus vacaciones estaban a punto de finalizar y todo volvería a ser como siempre. En los últimos meses su trabajo lo había estresado en demasía y aquellas vacaciones llegaron en el momento ideal. Ahora se sentía feliz de nuevo mirando tranquilamente el horizonte y sin tener ninguna obligación, bueno, alguna tenía.

Miró a lo lejos y allí, en la playa, se dibujaban oscuras las figuras de su novia y su hija. Sonrió y se sintió feliz. Pudo comprobar cómo con las manos lo llamaban para ir a cenar. Minutos antes las había dejado en la habitación de aquel lóbrego hostel para que se ducharan mientras él, como cada noche, salía a pensar y a recargar las pilas, paseando a lo largo del paseo marítimo.

Susana, su novia, también estaba encantada con la idea de poder vivir allí algún día. Años anteriores, habían visitado otras zonas de la geografía española, pero ninguna los había impresionado tanto como Asturias. Allí, Pedro, como así se llamaba, se sentía feliz consigo mismo y la vida se hacía mucho más llevadera. Además, a Claudia, la peque de la casa, le encantaba el pescado de Asturias y era el único que comía.

Lentamente se levantó y se acercó a la playa con gesto feliz y sin ninguna prisa. El sonido del mar lo relajaba y conseguía que su cabeza se despejara totalmente. Allí, a unos metros de él, le aguardaban las

dos personas más importantes en su vida. Su gran amor y, como él mismo decía, un pequeño cacho de su carne.

La playa permanecía solitaria en aquella preciosa cala en la cual tenía su ubicación el hostel. Tan solo el sonido de alguna gaviota rompía el sonido monótono de las olas.

Esa noche cenaron en un lugar cercano a la carretera principal que discurría por toda la costa astur. Para salir de la playa de la concha de Artedo tenían que subir por una carretera que en la oscuridad parecía que te iba a engullir. Como era el último día de sus cortas vacaciones no lo dudaron un momento y fueron a un restaurante que tenía pinta de ser caro y bueno, y así fue.

Cenaron varios productos típicos de la tierra como unas *parroxas* o una morcilla matachana. Fue exquisito todo y por eso a la hora de pagar no les dolió tanto la cuantía de la factura.

Esa noche y, como despedida de aquel paradisíaco lugar, Susana y Pedro aguardaron a que la niña se quedara dormida e hicieron el amor encerrados en el cuarto de baño. Pedro vio en el rostro sombrío de su mujer la angustia por tener que volver a la vida normal. Se besaron con pasión y sentándose ella sobre él en la taza del váter, la tomó como en tantas otras ocasiones con pasión y con fuerza. Pedro sintió la piel de su amada y el sudor que se pegaba a su cuerpo.

Al acabar y tumbarse en la cama, ella se durmió y él se quedó con las manos sobre la nuca mirando al techo de manera pensativa. ¿Qué romanticismo había en hacer el amor en un sucio cuarto de baño?, pensó irónicamente. Sin embargo, desde que su niña viniera al mundo, era algo habitual en sus vidas, por lo que tampoco le importaba en exceso.

Hubiera dado cualquier cosa por que aquel momento se hubiera perpetuado en el tiempo. La vida tranquila y relajada que llevaba allí era lo más parecido a la vida perfecta que había sentido nunca. Pasó el tiempo y, como una lona que se cierne sobre el techo, en su cabeza se volvieron a cernir los oscuros nubarrones que le proporcionaba su trabajo.

En parte le gustaba, pero en parte también lo odiaba. No se creía capaz de aguantar toda la vida viendo las atrocidades que se veía obligado a presenciar sin que su cabeza se resintiera. Pero a la vez la posibilidad de ayudar en la vida a alguna otra persona desprotegida lo henchía de orgullo personal.

Sabía que esa era su labor en la vida y sabía que no sería capaz de desempeñar ningún otro puesto de trabajo durante mucho tiempo. De hecho, ya había pasado por decenas de puestos diferentes anteriormente y todos los había tenido que abandonar lleno de frustración personal.

Así, con estos y con otros pensamientos del mismo calado, se quedó profundamente dormido. A la mañana siguiente decidieron prepararlo todo de manera rápida para comenzar su viaje lo antes posible. Mientras Susana terminaba de guardar las cosas en las maletas, Pedro fue a pagar el hospedaje. Volvió a acudir a la playa y allí, mientras veía el lento ir y venir de las olas, sintió algo en su interior que le hizo saber que algo iba a cambiar en su vida. Y así era. Ya tenían amueblada la nueva casa que se habían comprado en Illescas, una pequeña localidad de la provincia de Toledo, y según volvieran de aquel viaje se instalarían en la misma.

Era un dúplex de cuatro habitaciones. Pedro siempre había querido vivir en una casa grande y pese a que, por el precio de la vivienda, tuvieron que salir de Madrid, se compró una casa el doble de grande que la de sus padres. En más de una ocasión sus conversaciones, a pesar de estar de vacaciones, habían transcurrido por todo lo relacionado con esa nueva casa y todos los pagos que estaban teniendo en los últimos meses.

Mientras miraba absorto la playa, una mujer gruesa de mediana edad le interrumpió con el típico acento asturiano.

—¿Ya marchan ustedes? —una ligera sonrisa iluminó su rostro.

Pedro asintió sin darse cuenta y entró detrás de la mujer en la habitación que hacía las veces de oficina. Allí pagó la cantidad convenida y salió despidiéndose de la mujer.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia —le vociferó la señora.

—Desde luego que sí —dijo con toda honestidad Pedro mientras desaparecía.

Cuando volvió a su habitación, su novia y su hija estaban ya esperándolo en la puerta con las maletas preparadas.

—¿Listos? —dijo en tono jovial Pedro.

Claudia asintió con una sonrisa en los labios y con su pequeña maleta rosa en la mano. Susana y Pedro se miraron al verla cargar con su maleta intentando imitar a los mayores y se sonrieron demostrándose el gran amor que se procesaban. Caminaron juntos hasta el coche, un *Renault* de color verde uva. Pedro siempre había pensado que el coche solo servía para llevarlo de un lugar a otro y por eso no tenía ningún interés en tener uno nuevo y caro. Sus dos coches habían sido viejos y de segunda mano.

Iban subiendo por una gran pendiente y justo antes de entrar en el coche, Pedro se giró y, encendiendo su cámara digital, realizó la última foto de aquel paradisíaco lugar. En la misma se veía la pequeña cala en la que estaba ubicado el hostel en el que se habían hospedado. Durante la semana habían acordado que el último día lo dedicarían a conocer Oviedo.

A lo largo del trayecto hablaron de todo un poco, pero sobre todo trataron de eludir el tema de la vuelta al trabajo. En Oviedo, lo primero que hicieron fue ir a ver el teatro Campoamor. Allí, en una estatua de una niña, Claudia posó para realizar una foto.

—Ponte tú también —dijo amablemente Pedro a Susana.

Ella rio y se colocó sin demasiadas ganas ya que no le gustaba demasiado salir en las fotos. En aquella foto ambas salieron perfectas con un brillo especial en sus rostros. Se palpaba que sentían una gran felicidad.

—Habéis salido perfectas, niñas —comentó alegremente Pedro.

Los tres cogidos de la mano caminaron por las calles peatonales de Oviedo visitando los distintos lugares que veían. Pasaron por el

parque de San Francisco admirando las inmensas acacias que ante ellos se elevaban.

Tras ver el parlamento por dentro se encaminaron a la catedral y una vez dentro deambularon en silencio observando todas las maravillas que ante ellos se erguían.

Comieron una fabada asturiana en un pequeño bar situado en la calle de la Sidra y bebieron una botella de sidra para acompañar los alimentos. Pedro ya tenía alguna idea a la hora de escanciarla, eso sí, con la ayuda de un tapón y así, entre risas, pasaron la hora de la comida.

Tras ello se montaron en el coche y reanudaron el viaje de retorno a casa. En unas horas llegarían a su casa en Illescas. En el coche nunca faltaba una buena cinta de música, casi siempre española, y así, cantando las canciones, el viaje se les hacía mucho más corto.

A las 11 de la noche llegaron a su casa y lentamente descargaron el coche. Claudia ya estaba dormida y con cuidado su madre la llevó en brazos hasta su habitación. Cuando la tapó con unas sábanas, Susana fue al salón, que estaba situado en la planta de abajo, y allí vio que su novio la esperaba con un refresco en la mano, sentado en el sillón.

Susana se sentó a su lado y cogió la lata llevándosela a los labios y dando un gran trago.

—¿Tenías sed? —comentó Pedro con una sonrisa en los labios.

Susana sonrió y con sus enormes ojos castaños miró a su novio.

—Estaba sedienta —dijo con voz melosa y picarona.

Pedro se acercó y besó en los labios todavía húmedos a su novia. Juntos, se fundieron en un apasionado beso y el cansancio acumulado a lo largo de todo el viaje se les olvidó.

—¿La estrenamos? —sugirió Susana.

Pedro asintió mientras las manos nerviosamente se movían intentando desnudar a su oponente. Pedro para esas cosas era mucho más hábil y enseguida consiguió que Susana quedara con los pechos al descubierto. Su boca se acercó a uno de ellos y comenzó a lamerlos con delicadeza. Éstos se endurecieron rápidamente y Susana comenzó a jadear. Con las manos, mientras, Pedro había desabrochado el botón del

pantalón de su novia. Se fue agachando a medida que bajaba los pantalones y las bragas de su novia quedando de rodillas frente al sexo de su amada. Sin más comenzó a lamerlo y ella inició una danza placentera tratando de evadirse de la lengua de su hombre, pero sin querer que eso realmente sucediera. Tras unos minutos en los que finalmente ella llegó al orgasmo, Pedro decidió que era el momento de penetrar, sentándose en el sillón a la espera de que ella se colocara encima de él.

Sin embargo, Susana, agradecida por lo anterior, se arrodilló ante su amado y comenzó a realizarle una apasionada felación. Ahora era él, el que jadeaba lleno de placer. Sentía que iba a desfallecer de placer y cuando el placer era demasiado intenso agarró del pelo a su novia y la obligó a subir y sentarse sobre su miembro. Ahora eran los dos los que sentían un placer intenso. Juntos se movían de una manera acompañada, perfecta, dada esa compenetración que daban los años de práctica. Una vez más ella empezó a gritar quedamente para no despertar a su hija. Pedro tenía la mirada perdida y agarraba con fuerza a su novia por las nalgas.

Sin más, ambos llegaron al clímax a la vez quedándose abrazados mientras trataban de recuperarse del esfuerzo.

—Te quiero —susurró ella al oído de él.

Pedro se giró y miró directamente a los ojos todavía cansados de su amada.

—Yo también.

Se levantaron y de la mano fueron hacia el dormitorio en el que tenían su cama de un metro cincuenta. Antes de entrar en él se asomaron al cuarto donde su niña descansaba y sus manos se agarraron con más fuerza.

Una vez acostados en la cama, Susana se recostó en el pecho de él.

—Mañana tengo que volver al trabajo —dijo ella con resignación.

—A mí todavía me faltan dos días de asueto —dijo él alegremente mientras acariciaba el cabello de Susana.

—Si pudieras pedir el traslado a aquel pueblecito... —la voz era casi suplicante.

—¡Pues no me quedan años! Además, allí yo no puedo ir —dijo él comprensivamente.

—Ya, si lo sé. Pero era tan bonito. Si algún día podemos, nos compramos una casita allí para ir en el verano, ¿vale? —se subió y volvió a besarle en los labios.

Esa noche durmieron plácidamente. A la mañana siguiente, a las 7 de la mañana, Susana se despertó y tras darse una reconfortante ducha se fue a trabajar a un hipermercado en Getafe. Pedro desde la cama veía cómo su novia se vestía y salía de casa. Dos horas más tarde fue él el que se despertó gracias a su hija, que fue a buscarlo a la cama. Juntos desayunaron y decidieron salir a dar un paseo por la localidad.

—¿Cuánto me queda para ir al cole? —preguntó Claudia alegremente.

—Una semana, hija.

—¿Y me tendré que quedar a comer allí?

—Ajá, claro, así que tendrás que comértelo todo bien.

Entre Pedro y Claudia había una relación muy alegre, no era como la de otros padres con sus hijos. Éste, tal vez por su trabajo, pasaba muchas horas a solas con la niña y apreciaba mucho más esos momentos que la vida le brindaba. Tras el paseo volvieron a casa y llegó la hora del baño. Tras el baño, Pedro acudió a la cocina y comenzó a preparar la comida.

—Papi, ¿puedo ayudarte? —preguntó Claudia desde la puerta de la cocina.

—Claro —contestó él con una enorme sonrisa en los labios.

Juntos, prepararon unos deliciosos macarrones con tomate. Después se sentaron en el salón a la espera de que su madre llegara del trabajo. Cuando ésta llegó, tenía la mesa puesta y sobre ella un enorme plato de macarrones. Susana se alegró de ese recibimiento y se sentó para dar buena cuenta de la comida.

—¿Qué tal hoy el curro? —inició la conversación Pedro mientras se llevaba un bocado de macarrones a la boca.

—Muy cansada, imagino que será por lo mal que dormí anoche —lanzó una mirada picarona a su pareja.

—¿Dormiste mal, mamá? —preguntó Claudia levantándose de la silla y acercándose a su madre para darla un fuerte abrazo.

Susana acarició la cabeza de su niña y guiñó un ojo a su novio.

—Venga, siéntate y cómetelo todo —con la mano suavemente llevó a la niña de vuelta a su asiento.

1.2

La casa estaba sumida en un enorme silencio. Susana y Claudia dormían en su habitación y mientras, Pedro permanecía leyendo en la sala que tenían a tal efecto. Era la habitación que se presuponía debiera ser la de matrimonio, pero ellos, pensando en estar cerca de su niña, la habían acomodado como sala de estar. Estaba situada también en la planta de abajo. Allí, en un cuarto de unos diez metros cuadrados, Pedro tenía todo lo que necesitaba. En un lado, un pequeño y cómodo sillón en el que sentarse a leer o a escuchar algo de música y en el otro lado de la sala, un saco de boxeo y unas pesas, aparte de un ordenador y de una enorme estantería repleta de libros. Miró al saco y decidió hacer algo de ejercicio. Se puso los guantes de boxeo que tenía desde hacía unos cuantos años, cuando iba a un gimnasio a aprender ese bello deporte.

En la cadena de música insertó un cd de música disco y lo puso a volumen bajo. Ese era su momento, comenzó a moverse con una sencilla danza alrededor del saco mientras lo golpeaba con suavidad al principio. Una vez que sus músculos habían cogido calor y velocidad, los golpes fueron en aumento, tanto en fuerza como en número. Estuvo así durante veinte minutos y mientras tanto su cabeza dejó de pensar, solo existían el saco, su rival, y él.

Al terminar dejó los guantes colocados en una esquina y se puso un pantalón corto de deporte. Eran las seis de la tarde del día 4 de septiembre y todavía el sol calentaba bastante. Salió tranquilamente de

casa y una vez que estuvo a las afueras de la población se puso a correr. Ésa era su otra manía, corría entre cuatro y seis veces a la semana durante cuarenta minutos. Esto hacía que su físico a los treinta años fuera todavía fibroso y atlético.

Mientras corría, su mente viajaba al futuro y planeaba las cosas que iba a hacer durante los próximos días. Durante aquella tarde ya no hicieron nada digno de reseñar acostándose pronto. El día siguiente pasó de la misma forma.

Por la noche, sin embargo, Pedro se quedó un rato leyendo en el cuarto de estar mientras los demás ya dormían. Ahora leía a Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. La filosofía lo relajaba y en aquella ocasión lo necesitaba, ya que al día siguiente comenzaba a trabajar.

Alrededor de las dos de la madrugada, Pedro escuchó el sonido de unos pasos acercándose por el pequeño pasillo y acudir al cuarto donde él estaba. De pie en la puerta apareció la figura de Susana.

—Vamos a la cama —le dijo con preocupación.

—Ahora voy, cariño. No tengo sueño —había cerrado el libro y la miraba con ternura.

—¿Pasa algo? —Susana se acercó hasta el sillón donde su pareja estaba sentada.

—No me apetece nada ir a currar mañana —dijo Pedro mientras negaba con la cabeza.

Susana sonrió.

—Ja, ni a mí, pero quién va a pagar luego la hipoteca —se sentó en su regazo mientras ambos reían.

Llevaban poco tiempo viviendo juntos y la pasión estaba encendida todavía. Susana besó a su novio y a medida que lo hacía los besos se volvían más apasionados. Sus manos comenzaron a moverse buscando. Ella sentía que su cuerpo se estremecía con el contacto del cuerpo de Pedro. Ya sentía el sexo de él bajo su cuerpo. Él tenía ganas de actuar y con velocidad trataba de desnudarla. Fue algo rápido, pasional y salvaje. Ella sentada encima de él y éste con sus manos apriionando con fuerza sus nalgas. La ayudaba a balancearse con fuerza.

Ella alcanzó su clímax y Pedro sonrió con picardía. Gotas de sudor caían por su frente y en los brazos se marcaban ya las venas por el esfuerzo. Volvió a iniciar el bamboleo con serenidad hasta que volvió a notar que su pareja se encendía como una tea. El ritmo aumentó de nuevo y esta vez ambos alcanzaron un placer espectacular. Quedaron abrazados durante unos segundos.

—Te quiero, mi niño —susurró ella al oído de él.

Pedro asintió. Miró los enormes ojos marrones de Susana y notó que tenían un brillo especial. El brillo de la pasión y del amor. Se sintió bien por haber dado a su pareja un momento de enorme placer y decidió que ya sí era el momento de acostarse. Tras pasar al cuarto de baño que tenían al lado de aquel cuarto, a lavarse un poco, se marcharon a su habitación y se acostaron juntos.

—¿Dónde me has dejado la camisa limpia? —preguntó Pedro.

—En una silla del salón —contestó ella ya medio dormida, por lo que lo hizo de una manera casi inconsciente.

1.3

La habitación permanecía oscura. Pedro había sentido a Susana levantarse, y tras asearse y vestir a Claudia, marcharse temprano. Él entraba a trabajar por la tarde y se levantaría un poco más avanzado el día. El despertador había sonado, pero lo había parado y había seguido durmiendo. Ya habría pasado el mediodía y el cuerpo no quería levantarse. Finalmente decidió que tendría que empezar el día. Antes de desayunar, y tras permanecer un rato sentado en el sillón del salón con la mirada perdida, Pedro se puso su ropa de deporte y salió a correr sin ninguna gana. Al volver se volvió a duchar y abrió la nevera en busca de algo que comer. Ya era la hora de irse a trabajar.

Fue a su habitación y comenzó a vestirse. Ya lo tenía todo, solo faltaba una cosa. Se miró en el espejo y terminó de peinarse esbozando una sonrisa melancólica. Veía cómo el pelo comenzaba a desaparecer de su cabeza. No era todavía alarmante pero los treinta comenzaban a hacerse notar en su cuerpo pese a estar en una forma física incluso mejor que muchos jóvenes. Nunca le había importado quedarse calvo, pero ahora que era algo que saltaba a la vista, se sentía un tanto desconcertado y sí que le empezaba a importar.

Sobre la mesilla estaban las llaves del coche y encima de la mesilla, colgado en la pared, un puzle de 1.500 piezas de *Las Meninas* de Velázquez. Lo miró como si nunca lo hubiera mirado y movió el puzle. Tras él había incrustada en la pared una pequeña caja fuerte. Con velocidad la abrió y de dentro de la misma sacó una pistola.

Una pistola semiautomática *Star* modelo PK 28 de doble acción con un calibre de 9 milímetros *parabellum*. Después sacó un cargador lleno de balas. Ésa era el arma reglamentaria del Cuerpo Nacional de Policía al que Pedro pertenecía desde hacía años ya. Cerró la caja fuerte, volvió a colocar el cuadro de *Las Meninas* y salió de casa.

1.4

Tranquilamente terminó su café con leche. Siempre echaba dos bolsitas de azúcar. Dejó el dinero sobre la barra y salió con parsimonia del local. Parecía que una fuerza imaginaria lo retenía lejos del trabajo.

Eran las tres de la tarde y entraba por la puerta de la comisaría de Getafe. Era un tosco edificio de cuatro plantas que tenía su ubicación en el centro de la ciudad, frente a la universidad.

—Buenas tardes —saludó al policía que estaba en la puerta.

—Buenas tardes.

Era un hombre al que ya le quedaban pocos años para jubilarse.

Normalmente, al llegar a cierta edad, el destino de todo policía era el de estar en la puerta. A no ser, claro está, que estuvieras metido en un grupo de investigación, como era el caso de Pedro. De todas formas, a él todavía le quedaban muchos años para tener que pensar en esas cosas. Subió a la segunda planta y entró en el despacho número 207, el cual estaba destinado para la policía judicial, grupo dos.

Dentro ya estaba su compañero, Nacho, un hombre de treinta y tres años, de un metro ochenta de altura y un pelo negro que lo hacía tener un aspecto temible. Éste se levantó y se acercó a Pedro para estrecharle la mano.

—¿Se acabó lo bueno? —comentó con alegría.

—Bueno, pues sí. Ya solo quedan once meses para el verano que viene, ¿no? —contestó mientras se sentaba en su mesa—. ¿Hay algo?

—Sí, pero cuéntame cómo te ha ido por mis tierras —Nacho era asturiano y deseaba con fuerza el poder ir destinado a su tierra algún día.

—Ya sabes, con les *vaques* y esas cosas —ambos rieron—. Me gustó más la zona a la que fui el año pasado, era más turística.

—Sí, la zona de Cudillero es más turística y todo es más caro.

—Bueno, pero de todos modos bien, he vuelto con las pilas cargadas para resolver todos los casos —otra vez volvieron a reír.

Ambos se quedaron un momento en silencio como haciendo un inciso en las chanzas y se pusieron serios. Era el momento de comenzar a trabajar de manera seria.

—A las cuatro tenemos que ir al hospital —Pedro entornó los ojos como queriendo una explicación de aquello—; una violación.

—Una «guachupina», que se pasó de copas y otro tomado se la benefició —comentó Pedro, que ya sabía que eso pasaba muchas veces y que, al día siguiente, cuando se daban cuenta de las cosas y no querían que sus padres pensaran que eran unas putas, se inventaban una violación o algo así.

—No, esta vez es algo más serio. La tía creo que está hecha polvo y con un montón de golpes por todo el cuerpo —Nacho puso cara de circunstancias mientras hablaba.